

**Un sabio en el norte mexicano: *Olegaroy* de David
Toscana o una frontera para la filosofía**

Paulo Alvarado
Universidad de Monterrey (México)

Un sabio en el norte mexicano: *Olegaroy* de David Toscana o una frontera para la filosofía

A wise man in the Mexican north: *Olegaroy* by David Toscana or a frontier for philosophy

Paulo Alvarado

Universidad de Monterrey (México)

paulo.alvarado@udem.edu

Fecha de recepción: 5 de julio de 2019

Fecha de aceptación: 15 de diciembre de 2021

Resumen

La sabiduría no se encuentra en la filosofía, sino es entrevista a través de la locura, el enigma y allende las fronteras del logos: tal es el discurso que puede argumentarse de la novela *Olegaroy* del mexicano David Toscana (2017). Lo que este artículo expone es la posición superior que la narración otorga a la sabiduría ante la filosofía occidental, para lo cual queda apoyado en el texto *El nacimiento de la filosofía*, del italiano Giorgio Colli. A la luz de este pensamiento, el artículo revisa los linderos entre los pre-socráticos y la inauguración de los *Diálogos* de Platón, y acude al devenir del protagonista toscano en el que concluye una reivindicación para la sabiduría, lejos de la filosofía.

Palabras clave: Frontera; Literatura mexicana; Absurdo; Filosofía; Posmodernidad.

Abstract

Wisdom is not found in philosophy, but is an interview through madness, the enigma and beyond the borders of logos: such is the discourse that can be argued from the novel *Olegaroy* by the Mexican David Toscana (2017). What this article exposes is the superior position that the narrative gives to the wisdom before the western philosophy, for which it is supported in the text *The birth of the philosophy*, by the Italian Giorgio Colli. In light of this thought, the article reviews the boundaries between the pre-Socratics and the inauguration of the *Dialogues* of Plato, and goes to the future of the protagonist in which it concludes a claim for wisdom, far from philosophy.

Keywords: Border Studies; Mexican literature; Absurd; Philosophy; Postmodernity.

1. INTRODUCCIÓN

La filosofía occidental tiene unos límites y sólo más allá de este cerco es posible encontrar la sabiduría. Tal es uno de los discursos que puede extraerse de *Olegaroy* (Alfaguara 2017), la novela del mexicano David Toscana¹. Olegaroy, un insomne regiomontano, tras leer la noticia sobre el asesinato de la joven Antonia Crespo –hallada muerta con 40 puñaladas en su hogar–, descubre que está “para grandes cosas” (Toscana, 2017, p. 22) y comienza a buscar la sabiduría. Por las noches del Monterrey de 1949, en la plaza, conversa con un matemático, una prostituta y un sacerdote católico acerca de temas tan variados como la filosofía lo ha hecho: el dinero, el arte, los delitos, la muerte, el Padrenuestro, el devenir, la perfección, el fútbol, el alma, la narración, la divinidad, los salarios, la gramática, el sufrimiento. No es Olegaroy un profesional de la filosofía, sino un hombre que huye con miedo de situaciones incómodas o peligrosas. Adiposo, de unos sesenta años y sin amigos, Olegaroy aspira a ser filósofo para abrazar la sabiduría. En su intento, descubre que esta disciplina no es la vía para lograr su objetivo. No es *Olegaroy* un tratado, ni una novela filosófica. Por el contrario, David Toscana echa mano de su ya conocido estilo cargado de absurdo y realismo desquiciado² para señalar límites a la filosofía.

Lo que aquí argumento es la posición superior de la sabiduría ante la filosofía que enuncia el *Olegaroy* toscaniano. Para este estudio, me apoyo en el pensamiento del italiano Giorgio Colli quien, al revisar el lindero entre los pre-socráticos y la inauguración de los *Diálogos* de Platón, delimita el surgimiento de la filosofía occidental y aquello que esta disciplina dejó detrás: la sabiduría. Este estudio se compone de tres apartados, a saber, la locura como matriz de la sabiduría, el enigma como forma de la sabiduría y la filosofía como frontera para la sabiduría, a través de los cuales indico la proximidad del *Olegaroy* toscaniano a una reivindicación de la sabiduría.

1 Nacido en Monterrey, México, en 1961, David Toscana ha sido autor de novelas como *Los puentes de Königsberg* (Alfaguara 2009), *El último lector* (Mondadori 2004), *Duelo por Miguel Pruneda* (Plaza y Janés 2002) y *Santa María del Circo* (Plaza y Janés 1998). Con *Olegaroy* obtuvo el Premio Xavier Villaurrutia 2017.

2 Raymond L. Williams y Blanca Rodríguez definen la narrativa de David Toscana como aquella que trata “de relaciones humanas en las cuales los personajes suelen sufrir ante la problemática de cómo sobrevivir en un mundo de vacío de valores auténticos, sin futuro político y caracterizado por el aburrimiento” (Williams y Rodríguez, 2002, p. 134). Para profundizar en la estética toscaniana pueden consultarse, por ejemplo, *Narrativa mexicana del norte. Aproximaciones críticas*, compilada por Nora Guzmán; *El norte: una experiencia contemporánea en la narrativa mexicana*, de Miguel G. Rodríguez Lozano; así como *Tierras de nadie. El norte en la narrativa mexicana contemporánea*, compilada por Mahieux y Zavala (2012).

2. LA LOCURA COMO MATRIZ DE LA SABIDURÍA

Sirvan como epígrafe a este estudio las mismas palabras que Giorgio Colli advierte en *El nacimiento de la filosofía*, esto es, aquellas en las que ya Platón mismo había llamado filosofía a la forma literaria (escrita) de diálogo (Colli, 2009, p. 13) y que “el amor a la sabiduría (la filosofía) es inferior a la sabiduría” (Colli, 2009, p. 14). Esto es, para Colli, la sabiduría tiene un carácter oral, mientras que la filosofía surge cuando es escrita.

No encuentra Colli un desarrollo continuo entre sabiduría y filosofía. El nacimiento de la filosofía está dado por “la invención de una nueva forma literaria, de un filtro a través del cual quedó condicionado el conocimiento de todo lo anterior” (Colli, 2009, p. 14). De esta manera, recurre a la poesía y a la religión griegas como vestigios más remotos de la sabiduría antes de la filosofía. A partir de tales textos, configura una interpretación “de ciertas imágenes y conceptos, entresacados de la tradición religiosa y entendida como símbolos” (Colli, 2009, p. 15).

Antes del texto existe la oralidad, señala Colli. Antes de la filosofía, antes de los *Diálogos* escritos de Platón, existe la sabiduría en sus formas simbólicas y religiosas. En un sentido acorde, Olegaroy vuelve a los orígenes de la filosofía. Si bien escribió algunos de sus pensamientos en algunos papeles sueltos, el héroe de Toscana muestra tener en poca estima esta forma de cuidar el conocimiento, pues termina por perder constantemente sus propias letras.

El insomne le tiene miedo a la noche”, escribió Olegaroy en un trozo de papel que acabó por perder. “El insomnio es peor que una pesadilla porque no existe la escapatoria de despertar”, escribió Olegaroy en otro papel que también perdió. Fueron tiempos en los que no había sospechado su propia grandeza, su cualidad de sabio universal o al menos local.

En un principio confundió sus máximas con ocurrencias. Así fue dejando sus escritos en cualquier sitio hasta olvidarlos como un recibo de tintorería o como un códice del siglo primero. (Toscana, 2017, p. 11)

La novela describe así que “para las generaciones venideras será siempre difícil medir el impacto de Olegaroy en la cultura de Occidente, pues de sus escrituras sólo sobrevivió una obra inconclusa, inédita y de poco ingenio que tituló *Enciclopedia de la desgracia humana*” (Toscana, 2017, p. 12). Fuera de este texto, que es una antología de muertes que coleccionó del diario regiomontano *El Porvenir*, Olegaroy no escribió nada. Esto generó confusiones. Por ejemplo, en el Segundo Congreso Interamericano de Psicología, el doctor Nicolás Aramburu presentó una conferencia en la que afirmaba que en las tumbas de los asesinados había más flores porque “no sólo son una muestra de apego hacia el difunto, sino también un mensaje de protesta contra el homicida” (Toscana, 2017, p. 148). Alguien del público reclamó “usted está plagiando a Olegaroy” (Toscana, 2017, p. 148), en alusión a la visita que el

héroe toscano había hecho al panteón y la misma reflexión que le provocó. “Pero ninguno de los especialistas conocía al tal Olegaroy ni la dicha persona supo mostrar algún texto que respaldara su acusación” (Toscana, 2017, p. 148-149).

La narrativa de David Toscana alcanza así a cuestionar los alcances de la sabiduría contenida únicamente en el texto escrito; es decir, indica como absurda la dominancia que se ha asignado al texto escrito como vehículo o soporte para la sabiduría. En consonancia con las afirmaciones de Colli, la novela toscana alude a aquellas formas poéticas, religiosas, anecdóticas, en suma, orales por las cuales el conocimiento y la sabiduría se han gestado.

Más adelante, Apolo y Dionisos sirven a Colli como imágenes para configurar el origen de la sabiduría. Para el caso, Dionisos obtiene preeminencia sobre Apolo. “Si acaso hay que atribuir a otro dios el dominio sobre la sabiduría ha de ser al de Delfos. En Delfos se manifiesta la inclinación de los griegos al conocimiento” (Colli, 2009, p. 15). Sabio no es quien cuenta y demuestra rica experiencia, habilidad técnica, destreza o astucia. Para esta civilización arcaica, el conocimiento del futuro del hombre pertenecía a la sabiduría. El conocimiento fue el valor máximo de la vida. “Otros pueblos conocieron y exaltaron la adivinación, pero ningún pueblo la elevó a símbolo decisivo, por el cual, en el grado más alto, el poder se expresa en conocimiento, como ocurrió entre los griegos” (Colli, 2009, p. 16).

Lo que caracteriza a los griegos de esta época es el aspecto teórico vinculado a la adivinación. Esta adivinación entraña conocimiento del futuro y su comunicación. Esta transmisión se produce a través de la palabra de dios, el oráculo. “En la palabra se manifiesta al hombre la sabiduría” (Colli, 2009, p. 16). La forma de estas palabras revela que no se trata de palabras humanas, sino de palabras divinas. He ahí la forma del oráculo: ambiguo, oscuro, incierto y difícil de descifrar.

No lejos del conocimiento como valor alto de la existencia se encuentra Olegaroy, incluso mediante la adivinación o los acertijos. El héroe toscano elude descansar o dormir antes de haber concebido alguna idea, así sean perogrulladas, como aquella ocasión en que dormitando en el sofá y revolcándose entre las sábanas, “cerró los ojos y se concentró (...) tras barajar muchas imágenes, se le ocurrió algo: ‘una vaca muere para que coman decenas de personas. Decenas de camarones han de sucumbir para preparar un coctel’. Quedó satisfecho” (Toscana, 2017, p. 32), y sólo entonces descansó. Aunque perogrulladas, Olegaroy es afecto al conocimiento; baste ver aquella ocasión en que “le asaltó la frase: ‘Los insomnes no van a entierros’, prefirió desecharla, pues no contenía verdad” (Toscana, 2017, p. 31). Asimismo, desprecia a los ignorantes y enaltece a los sabios, como aquella ocasión en que una mujer de la plaza “le había hecho ver que él, el insomne Olegaroy, podría llegar a rebasar en sabiduría a todos sus conciudadanos si se aplicaba en ello, pues cualquier secreto que el cosmos quisiera revelar, sería descubierto durante la noche, cuando la masa de mediocres seres humanos babeaba su almohada. La noche era para los tlacuaches, las cucarachas y los sabios” (Toscana, 2017, p. 35).

Que el conocimiento se halle próximo a la adivinación es una verdad que se puede deducir del mismo *Olegaroy*. En cierta ocasión, el insomne se acercó a un matemático en la plaza y le dijo:

—Tengo un acertijo matemático. Otra vez me interrumpiste. (Contestó el matemático)

—Si encontramos a una mujer con diez puñaladas, podemos sospechar de un ladrón. Pero si la hallamos con cincuentaídós, sin duda fue obra de un enamorado.

—Es cosa sabida. Se llama crimen pasional.

— ¿Cuál es el límite entre el robo y el amor?

Otra vez hubo un largo silencio.

—No es un problema matemático.

—El hombre fue adonde la mujer. Regresó acompañado.

—Hazle la pregunta a ella.

Olegaroy planteó el acertijo de las cuchilladas. Esta vez con más palabras y titubeos.

—Eso es fácil –dijo la mujer–. Hasta veintidós puñaladas se dan por salvajada. De veintidós a cuarentaiséis por despecho. De ahí en adelante son celos.

El matemático le dio las gracias. Olegaroy no supo decir nada, asombrado por tal sabiduría. Se dio cuenta de que debería fustigar su propio cerebro si quería seguir siendo un filósofo. (Toscana, 2017, pp. 34-35)

Olegaroy mismo no conoce la respuesta de su acertijo, pero admite que su resolución conlleva sabiduría. Ante su ignorancia, siente vergüenza, develando una vez más el valor con el que estima a la sabiduría. Pero grulladas o acertijos, *Olegaroy* insiste en afirmar el conocimiento y la sabiduría reservados para quienes lo valoran y se esfuerzan por “fustigar su propio cerebro” (Toscana, 2017, p. 35); esto es, no es una propiedad vulgar, sino sagrada. La sabiduría no es para los humanos sino un valor divino.

Más adelante, Colli recuerda que ha sido Apolo el dios griego a quien se ha atribuido tradicionalmente el conocimiento. Sin embargo, acota al decir que la figura de Apolo no es precisamente la de quien comunica certezas directas³. En el fondo, el culto delfico de Apolo alcanza una exaltación mística, una condición extática. Colli toma el *Fedro* de Platón para revisar esta afirmación. Se trata del discurso sobre la *manih* (manía), la locura que Sócrates desarrolla. El maestro de Platón contrapone la locura al control de sí, y exalta a aquella como superior y divina: “A través de esa

3 Giorgio Colli recuerda que Apolo era tomado entre los griegos clásicos como terrible y feroz. Sus flechas causan enfermedad y muerte. “El atributo del dios, el arco, arma asiática, alude a una acción indirecta, mediática, diferida” (Colli, 2009, p. 19). Mismos atributos que Colli reconoce para el conocimiento que el dios transmite.

demencia, que por cierto es un don que los dioses nos otorgan, nos llegan grandes bienes” (Platón, 2008b, pp. 340-341). Revela así Platón una relación entre *manih* y Apolo. Sigue el texto para distinguir cuatro tipos de locura: profética, misteriosa, poética y erótica. “Para Platón, el testimonio de la naturaleza divina y decisiva de la ‘manía’ es el hecho de que constituya el fundamento del culto delfico” (Colli, 2009, p. 21). Recuerda Platón las etimologías próximas entre *manteion* (mántica), el arte de la adivinación, que deriva de *manih* como su expresión más auténtica. Apolo, acota Colli, no es el dios de la medida, de la armonía, sino de la exaltación, de la locura. “La ‘manía’ se nos presenta como todavía más primordial, como fondo del fenómeno de la adivinación. La locura es la matriz de la sabiduría” (Colli, 2009, p. 22).

La locura no es ajena a la narrativa toscana; por el contrario, la constituye en su totalidad. El *Olegaroy* de Toscana está lleno de situaciones absurdas desde sus primeras páginas. Así, por ejemplo, el mismo personaje compara su muerte con la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, sin que “supiera indicar dónde estaba Alejandría ni pudiera mencionar un solo de los textos de aquella antigüedad” (Toscana, 2017, p. 11). Olegaroy piensa en la forma de Pedro Grullo. Amasa ideas que le ofrecen la satisfacción del descubrimiento. Así, por ejemplo, al leer en el diario *El Porvenir* sobre el asesinato de Antonia Crespo, “para él, fue un descubrimiento el que hubiese gente amándose y matándose en el horario de los insomnes. ‘No estoy solo’, se dijo” (Toscana, 2017, p. 21). El descubrimiento de tal idea provocó en Olegaroy una satisfacción hasta el punto de decidir que su vida se dedicaría a ello: a pensar. “El que hubiese personas despiertas cuando él no podía dormir era una obviedad. Mas ésa no era razón para que Olegaroy pensara en ello” (Toscana, 2017, p. 22). El éxtasis en Olegaroy le viene en forma de perogrulladas. No es la perogrullada el objetivo del protagonista toscano, sino el descubrimiento de una verdad, de una realidad constituida y, muchas veces, distinta a las comunes. “Por eso para Olegaroy fue una revelación el asesinato de Antonia Crespo. Se trataba de al menos dos personas despiertas en la madrugada. (...) Amasó tanta satisfacción como si su cerebro acabase de inventar el solenoide” (Toscana, 2017, p. 22). Hinchado de placer por el descubrimiento, Olegaroy le comunica a su madre “estoy para grandes cosas” (Toscana, 2017, p. 22). El descubrimiento de tal verdad fue para el héroe toscano tan extático que modificó su forma de vida. Dejaría de ser solamente un insomne para dedicarse a ser un insomne sabio, según lo expone el narrador.

Entre los estudiosos del legado de Olegaroy hay quienes aseguran que dicho momento (el comienzo de su biografía) coincidió con la llegada de la edición del 8 de abril de 1949 del periódico *El Porvenir*. Otros prefieren señalar el asesinato de Antonia Crespo como punto de partida. Unos más afirman que ambas cosas son lo mismo (Toscana, 2017, p. 12).

El pensamiento de Olegaroy, aunque en forma de perogrulladas, se halla estrechamente vinculado a situaciones de imaginación. Los dichos y hechos del héroe toscano, provocados por situaciones absurdas, irónicas, surreales, extáticas, mueven en la

narración a la configuración de dilemas filosóficos que intelectuales posteriores a él intentaron interiorizar. Por ejemplo, después de que recreó el asesinato de Antonia Crespo, “Olegaroy en verdad se sentía con las manos ensangrentadas. Un homicida” (Toscana, 2017, p. 172). En alusión a esto, y tiempo después, el ficticio filósofo Bertrand Russell dentro de la novela había afirmado que “Olegaroy era un asesino que no había matado a nadie” (Toscana, 2017, p. 173). El dilema filosófico se extendió en congresos, artículos y ensayos.

Éxtasis y locura, perogrulladas y situaciones imaginarias, son circunstancias y formas que condicionan el detonante para la construcción del conocimiento que otros interpretan para la sabiduría de Olegaroy.

El silencio ante el cual se enfrentan quienes buscan el conocimiento fuera de los textos escritos, la sacralidad como alto grado que envuelve al mismo conocimiento y el éxtasis como detonador para indagar lo ignoto son tres elementos indispensables para la sabiduría en el *Olegaroy* toscano. Silencio, sacralidad y éxtasis son la matriz que envuelve la sabiduría que se gesta para los locos, para quienes buscan en territorios lejanos al cerco del *logoξ*.

2. EL ENIGMA COMO FORMA DE LA SABIDURÍA

El oráculo, el enigma por el que se comunica Apolo indica la diferencia entre mundo humano y mundo divino. Para los griegos esta formulación enigmática “va acompañada de una carga tremenda de hostilidad” (Colli, 2009, p. 53).

Colli señala que el enigma ha tenido una gran importancia para la civilización helénica clásica. Incluso, tiene una carga autónoma que sale de la esfera apolínea; de forma que la conexión entre adivinación y enigma se muestra primigenia. Aún más, “desde época antiquísima el enigma tiende a separarse de la adivinación” (Colli, 2009, p. 54). El enigma se presenta como objeto de una lucha humana por la sabiduría. El hecho de que dos adivinos se midan por la sabiduría “recuerda la matriz religiosa del enigma” (Colli, 2009, p. 56). Un elemento más se suma a la perspectiva sabia y divina, a saber, “el contraste entre trivialidad, en la forma y en el contenido, de esos enigmas y el carácter trágico de su resolución” (Colli, 2009, p. 56).

La lucha humana por la sabiduría, a través de la oralidad, crea en Olegaroy una tensión motivada por defender el orgullo, esto es, para el protagonista toscano la sabiduría es un logro que desea poseer. En cierta ocasión, el matemático Ildelfonso Mariles retó a Olegaroy a demostrar una de sus ideas ante la mujer Salomé.

Comentó (Olegaroy) al matemático algo relacionado con que la gente amaba más los cadáveres que los cuerpos vivos, porque éste le contestó:

—Demuéstralo

—Lo sé y eso basta.

—Que fácil es la vida de los filósofos. Se la pasan soltando frases cuya verdad o falacia no pueden ni intentan acreditar. No así los matemáticos. Nosotros confiamos en que el teorema de Fermat es verdadero, pero no habremos de descansar hasta que quede demostrado (Toscana, 2017, pp. 141-142).

En la plaza regiomontana y de noche, como acostumbraba a dialogar acompañado de la mujer Salomé y el sacerdote Fabián, el protagonista toscano intentó eludir el enfrentamiento con el matemático en los términos que éste requería.

—En matemáticas, tu propuesta se llama conjetura. Aún está lejos de admitirse como teorema (señaló el matemático a Olegaroy).

Salomé estaba con ellos. Por eso Olegaroy se llenaba de vergüenza. Un aprendiz de las sumas y restas quería encumbrarse por encima de un filósofo.

—¿Me estás llamando mentiroso?

El matemático lo miró con ojos clementes.

—Explícale tú –pidió a Salomé.

Ella le acarició los cabellos a su marido.

—Sólo te está pidiendo que demuestres tu verdad. (Toscana, 2017, p. 142)

Este acontecimiento no fue el único por el que Olegaroy pasó vergüenza ante la exhibición de su ignorancia. En otra ocasión, el mismo matemático le explicó el cálculo infinitesimal ante la idea filosófica de Olegaroy, quien proponía que no morir en un día era una hazaña, pues había evadido mil formas de haber terminado con su vida, como la ocasionada por atropellos, descargas eléctricas o tras rodar por las escaleras.

Cuando el matemático explicó que la fracción de cada momento y la multiplicación de las posibilidades de un acontecimiento como la muerte son consideradas, se puede hablar de un cálculo infinitesimal. “Olegaroy sintió ganas de llorar. No le agradaba que una idea tan sencilla se complicara tanto” (Toscana, 2017, p. 79).

La lucha humana por la sabiduría toma para Olegaroy forma de enigma. Las matemáticas son para el héroe toscano acertijos que esconden conocimiento y verdad. Ante los duelos continuos que sostiene con el matemático Ildefonso Mireles, Olegaroy siente vergüenza, pues no admite públicamente su ignorancia e incapacidad para resolver tales enigmas y verse, así, derrotado. Dos adivinos ante los acertijos se miden por la sabiduría y el conocimiento que descubren. Así, la disputa entre Ildefonso Mireles y Olegaroy puede dar cuenta de un matiz religioso, sagrado, de los problemas matemáticos que toman como enigmas que, a su vez, custodian su sabiduría con celo ante los mortales.

La tradición del enigma, del oráculo, revela “la intervención de un arbitrio divino, la intrusión en la esfera humana de algo perturbador, inexplicable, irracional, trágicamente absurdo” (Colli, 2009, p. 57).

Hacia los siglos V y IV a. de C., el enigma aparece cuando “el objeto del pensamiento no va expresado por el sonido de las palabras” (Colli, 2009, pp. 57-58)⁴. Esto es, indica una experiencia mística, inexpressable. “En tal caso el enigma es la manifestación en la palabra de lo divino, lo oculto, una interioridad inefable. La palabra es algo diferente de lo que entiende quien habla, por lo tanto, es necesariamente oscura” (Colli, 2009, p. 58).

Existen en *Olegaroy* una serie de episodios que aluden al contenido inexpressable, ante todo, incomunicable o incomprensible. Hacia la “interioridad inefable” (Colli, 2009, p. 58). Uno de ellos es el silencio que rodea a la muerte de Antonia Crespo. Los detalles del asesinato de la chica de 23 años, hallada con 40 cuchilladas en su cuerpo, son un desconocimiento para toda la narración. Para resolver el misterio, Olegaroy convoca a su amigo el matemático, quienes inician una recreación de los hechos. La recreación es una serie de desdoblamientos de personajes quienes, en un ejercicio de ficción, con rasgos de estilo quijotesco, imaginan los acontecimientos y asumen nuevos nombres y roles para resolver el misterio de la muerte de Crespo. El matemático Ildelfonso Mireles se presenta ante la vecina de la chica asesinada como el teniente Fermat, quien sostiene a Olegaroy como si fuera el asesino.

—Ande, señor criminal, cuéntenos cómo se dieron los hechos.

Olegaroy relató una escena vagamente erótica que comenzaba con la pareja bebiendo sidra y tenía su clímax en “nos hicimos cosquillas en el vientre”. Comoquiera la señora se persignó. Luego Antonia Crespo había mencionado que estaba preñada de otro hombre, un joven rico y apuesto.

—Qué historia tan ordinaria —dijo el matemático.

—Si me hubiera dado tiempo, teniente Fermat, le habría compuesto una novela. (Toscana, 2017, p. 171).

El matemático, en su rol de teniente Fermat, solicitó a Olegaroy, en su papel de asesino, “que continuara con su relato” (Toscana, 2017, p. 171).

—El demonio se me metió en la cabeza —Olegaroy compuso con las manos unas garras teatrales—. Al principio pensé en estrangularla, luego en perdonarla o quitarme la vida. Al final...

Se arrodilló ante la base de la cama sin colchón. Se puso a dar de puñaladas. Una. Dos. Tres. Cuatro. (Toscana, 2017, p. 171).

4 Giorgio Colli llega a esta conclusión al consultar el *Cármides* de Platón, diálogo que infructuosamente intenta definir la sensatez. En tal ocasión, Sócrates dice al joven Cármides: “Da la impresión de que está hablando en enigmas quien definió la sensatez como ‘el ocuparse de lo suyo’. Pues tan simple no era el que tal dijo” (Platón, 2008a, p. 343)

El matemático pidió a la vecina que se recostara en la cama para que simulara ser Antonia Crespo al ser apuñalada por Olegaroy. La imaginación de éste se confundió con la realidad, como en un éxtasis. “Metido en su papel, Olegaroy continuó reconstruyendo el crimen. Quince, Dieciséis. A veces el puño caía de manera sencilla, tan sólo para clavar. A veces se revolvía para cortar carne y tejidos y órganos. Cuarentaitrés. Cuarentaicuatro” (Toscana, 2017, p. 172).

El silencio que encubre la verdad sobre el asesinato de Antonia Crespo es para Olegaroy una experiencia mística, inexpresable. Acude este enigma con su carácter oculto, “perturbador, inexplicable, irracional, trágicamente absurdo” (Colli, 2009, p. 57). Para asomarse al conocimiento que esconde el silencio del asesinato, Olegaroy recurre al éxtasis de la imaginería, a la locura *maniη*. Los hechos narrados en el *Olegaroy* toscano permiten la resonancia de las palabras de Platón sobre las etimologías próximas entre *manteiov*, el arte de adivinar, y la *maniη*. La razón ni la palabra *logoξ* alcanzan para Olegaroy el recurso que devele y venza el silencio de misterio: la muerte de Antonia Crespo.

Colli recuerda que el enigma, para la era en la que vivió Platón, adquiere un carácter de contradicción, característico de la fase madura, humana, de su conceptualización no divina o religiosa. La contradicción en el enigma sugiere engañosamente un contenido (Colli, 2009, p. 59). Así, “quien cae en la trampa del enigma está destinado a la perdición” (Colli, 2009, p. 59).

Cercano a esta tradición se halla Aristóteles, para quien el engaño velado o contradicción del enigma toma formas de metáfora e ironía. Define el Estagirita que “el concepto del enigma es éste: decir cosas reales juntando cosas imposibles” (Colli, 2009, p. 60). Particularmente, enseña Aristóteles que no “conviene tomar las metáforas de cosas que resultan lejanas, sino de las que son del mismo género y similar especie, nombrando así lo que se deja sin nombrar, lo cual, una vez declarado, se hace evidente que pertenece al mismo género” (Aristóteles, 2008, p. 494). La definición del filósofo griego, acota Colli, señala que el enigma es una contradicción que designa algo real. “Para que así sea, añade Aristóteles, no se pueden juntar los nombres en su significado ordinario, sino que hay que utilizar la metáfora. Así pues, el uso de la metáfora estaría relacionado con el origen de la sabiduría” (Colli, 2009, p. 60).

La narración de Olegaroy cuenta con múltiples situaciones de contradicción irónica: desinformación, en tanto que cada personaje guarda una parte de los datos que el otro desconoce, pero que el narrador sí comunica al narratario; malinterpretación, en tanto que los personajes deducen juicios de valor y actúan según los datos parcelados con los que cuentan; descontextualización, en tanto que las palabras de Olegaroy son sacadas de la circunstancia que las generó y, tras valorarla sobre otras ideas de filósofos, adquieren grado de sabiduría. Ejemplo de esto es el tratamiento médico que recibió Olegaroy cuando fue recluido en un antirrábico, pues una herida en su brazo se había infectado (Toscana, 2017, p. 262), tras una mordida que recibió

de un sacerdote católico (Toscana, 2017, p. 210). El protagonista confunde el internamiento con encarcelamiento, el tratamiento médico con tortura y las preguntas de las enfermeras con acusaciones del asesinato de Antonia Crespo⁵.

Las diversas sesiones antirrábicas a las que fue expuesto Olegaroy estuvieron cargadas de gritos y forcejeos. Tras ser maniatado y al mirar la aguja hipodérmica que de nuevo lo inyectaría,

Olegaroy deseó de todo corazón dejar de existir. Así lo dijo:

–No quiero existir.

De tal suerte, en ese hospital de Monterrey se llevó a cabo una agitación cartesiana.

Estaba bien para un exquisito como René Descartes suponer que en el pensamiento estaba la prueba de la existencia y el fundamento de todo conocimiento; al fin era un hombre frágil que no hubiese soportado la dura vida de Olegaroy. Mientras el filósofo regiomontano sobrevivía a insomnios y torturas, el francés había muerto tan sólo porque la reina de Suecia lo hizo levantarse temprano cada mañana. Por eso para Olegaroy la prueba categórica de la existencia era el sufrimiento. Mas decir “sufro, por lo tanto existo” habría sido una idea primitiva. En cambio, “sufro, por lo tanto no quiero existir” era, según Otto Zimmerman, el axioma supremo que sobre el ser hubiese proclamado el pensamiento occidental. Afirmaba la existencia por dos vías, pues sin lugar a dudas sufría el yo, y para que ese yo deseara no existir era necesario que existiera (Toscana, 2017, pp. 279-280).

La narración se extiende al decir que, en tanto se precisa que el sufrimiento estaba determinado por el recuerdo y la expectativa, “cubría algunas lagunas que Heidegger dejó en su *Ser y tiempo*” (Toscana, 2017, p. 280). El dicho descontextualizado de Olegaroy, “no quiero existir” (Toscana, 2017, p. 279), alcanzó a cuestionar al propio Kant, “quien aseguró que la existencia no podía ser un predicado” (Toscana, 2017, p. 280), esto es, que la frase dicha por Olegaroy “yo soy el que no quiere ser” (Toscana, 2017, p. 280) devela un predicado irreductible con el concepto de ser, un predicado no contenido en el sujeto.

La descontextualización se extiende cuando la narración sostiene la ironía, la contradicción entre el dicho de Olegaroy y sus interpretaciones filosóficas hasta otorgarle al héroe toscano el grado de sabio. Así, ante el hecho de que el inspector Mondragón, quien llevaba el caso del asesinato de Antonia Crespo, dirige un interrogatorio a Olegaroy, a quien le cuestiona “¿cómo se llama? ¿Qué hizo con el cadáver de Antonia Crespo? (Toscana, 2017, p. 280), el narrador ironiza:

5 “No soportó más. –Yo la maté –gritó entre lágrimas y espasmos, cuando apenas se había vaciado en su vientre la mitad del suero de la jornada. –¿A quién? –preguntó la enfermera con malicia. Entonces resonó el nombre de Antonia Crespo” (Toscana, 2017, p. 267).

El poca cosa del inspector Mondragón no captó que su interrogado pronunciaba joyas metafísicas. Él quería un nombre, un vil nombre. Él, como casi todos los humanos, miraba el mundo a través de la reducida lente de su oficio. “Yo soy yo y mi oficio”, habría proclamado si tuviese conciencia de su situación. Pudo preguntarle a Olegaroy por el imperativo categórico, el conocimiento empírico, el ideal humano, las mónadas, el bien y el mal, el libre albedrío, los límites de la percepción, el constante devenir, el tiempo y la eternidad, la esencia de las cosas, el sentido de la vida, lo bello y lo sublime, los tipos de realidades, la justificación de la violencia, la voluntad de poder, la transubstanciación, el problema de los universales. Pero le preguntó cómo se llamaba. (Toscana, 2017, pp. 280-281)

Las descontextualizaciones en *Olegaroy*, así como las desinformaciones y las malinterpretaciones, son circunstancias en ironía: se dicen “cosas reales juntando cosas imposibles” (Colli, 2009, p. 60). La descontextualización aquí estudiada junta cosas imposibles, como el hecho de que René Descartes u Otto Zimmerman hubieran conocido los dichos de Olegaroy, pero alcanzan a decir cosas reales.

Olegaroy escala la ironía para cuestionar los alcances de verdad que los filósofos han hecho por la sola vía racional: Heidegger, Kant y el “exquisito” de René Descartes, el “hombre frágil que no hubiese soportado la vida dura de Olegaroy” (Toscana, 2017, p. 279). No confronta el *Olegaroy* la filosofía por la vía literal del *logoζ*, sino por la alegórica de la *eirwv*, ironía. El discurso propone una vía para el acceso a la sabiduría: la ironía.

La belicosidad humana por conquistar el premio sapiencial, la inexpresibilidad de su contenido y la ironía que conjunta dos realidades en metáfora componen la naturaleza de la sabiduría para el *Olegaroy* toscano. Belicosidad, inexpresibilidad e ironía son las manifestaciones de la sabiduría que, ante los mortales, exhibe forma de enigma.

3. LA FILOSOFÍA COMO FRONTERA PARA LA SABIDURÍA

El tercer punto al que procuraré dirigir este estudio está indicado a demostrar la superioridad de la sabiduría ante la filosofía. Giorgio Colli recuerda aquí el apunte de Gorgias y su dialéctica con señas parciales de convertirse en literatura. Pero sólo con Platón se declara abiertamente el fenómeno. “Platón inventó el diálogo como literatura, como un tipo particular de dialéctica escrita, de retórica escrita, que presenta en un cuadro narrativo los contenidos de discusiones imaginarias a un público indiferenciado. El propio Platón llama a ese nuevo género literario con el nombre de ‘filosofía’” (Colli, 2009, p. 114).

Tras Platón, la vigencia de esa forma escrita seguiría presente; aunque el diálogo se transformaría en tratado, continuaría llamándose filosofía “a la exposición escrita de temas abstractos y racionales” (Colli, 2009, p. 114). Cuando se investiga el origen

de la sabiduría, es difícil imaginar las condiciones preliterarias del pensamiento, valiosas en un ámbito de comunicación exclusivamente oral, “las condiciones precisamente que nos han inducido a distinguir una era de la sabiduría como origen de la filosofía” (Colli, 2009, p. 114).

Recuerda Colli la indicación de Platón, quien llama “a su literatura ‘filosofía’ para contraponerla a la ‘sofía’ anterior” (Colli, 2009, p. 115). Platón designa a la época de Heráclito, de Parménides, de Empédocles, “como la era de los ‘sabios’, frente a la cual él se presenta a sí mismo como filósofo, es decir, como un ‘amante de la sabiduría’, esto es, alguien que no posee la sabiduría” (Colli, 2009, p. 115).

Recordemos aquí que Olegaroy no dejó ningún escrito para sus posibles discípulos. “En un principio confundió sus máximas con ocurrencias” (Toscana, 2017, p. 11), de forma que “fue dejando sus escritos en cualquier sitio hasta olvidarlos” (Toscana, 2017, p. 11). Su discurrir de pensamiento ocurre en la forma del diálogo oral, no precisamente escrito. Continuamente se encuentra con el matemático en la plaza, con el editor del diario *El Porvenir* por teléfono o con el sacerdote Fabián de Monterrey para expresar sus ideas en dialéctica. Así, por ejemplo, el día en que Olegaroy se casó, el padre Fabián fue interrumpido por el héroe toscano cuando rezaba el padrenuestro: “Eso lo sabe todo el mundo. No hace falta repetir obviedades” (Toscana, 2017, p. 104), advirtió Olegaroy. Ante la interrupción, y luego de concluir la ceremonia de matrimonio, el sacerdote pensó las “ideas e inquietudes teológicas que le inyectó el bueno de Olegaroy” (Toscana, 2017, p. 105).

Esa madrugada (el sacerdote) se sumó a los insomnes. Era verdad que el padrenuestro estaba lleno de obviedades. Lo rezó en voz alta y no distinguió su vacuidad de la de cualquier canción de moda: una mezcla de lugares comunes y sinsentidos. Calificar a un padre de “nuestro”, avisarle que está en los cielos cual si Él no lo supiera, santificar su nombre que ya es santo desde siempre si es que tuviera nombre, acceder a que se haga su voluntad como si tuviésemos otra opción, pedirle pan a alguien que dejó el oficio de panadero el último día que llovió maná...

El padre Fabián escribió: “La oración es tan vulgar en su contenido y tan trillada a base de repetición que de hoy en adelante bastaría con rezar la primera sílaba de cada verso. Así el nuevo padrenuestro dirá: *pa sa ve ha da pe co no li amén*, ahorrando tiempo y evitando fastidiar al Creador con tantos siglos de reiteración insulsa”. Compuso un ensayo al respecto y lo envió al Vaticano. Tuvo pocos lectores y hasta la fecha no ha visto la luz. No obstante, se sabe que ha sido motivo de debates teológicos bastante apasionados. Han resultado álgidas las cuestiones de si Dios está en los cielos o es omnipresente o si esto significa que los cielos están en todas partes. Si el reino ha de venir o nosotros vamos a él o si se trata de un mero relativismo. No se abrió un apartado especial para los documentos relacionados con el padre Fabián, pues todos se hallan en la *Collectio olegarensis*, parte del *Archivio Congregatio pro Doctrina Fidei*, mejor conocido como Archivo de la Inquisición. (Toscana, 2017, pp. 105-106)

El cura asistió a las reuniones nocturnas de la Academia Regiomontana de la Luna Llena (Toscana, 2017, p. 188), en las que se unió a los diálogos entre el matemático y Olegaroy. En cierta ocasión, el sacerdote y el matemático se enfrascaron en una discusión sobre el universo y su origen. “Olegaroy los escuchaba sin comprender” (Toscana, 2017, p. 189). El sacerdote conocía del tema gracias a que un cura católico, Georges Lemaître, había propuesto lo que terminó por llamarse Big Bang.

La idea de un huevo primigenio que había explotado para dar origen al universo no le parecía (al sacerdote) incompatible con la religión.

—Dios puso el huevo? —preguntó Olegaroy—. ¿O él salió del huevo? (Toscana, 2017, p. 190)

De nueva cuenta, las palabras de Olegaroy resonaron en el padre Fabián, quien “escribió una carta con sus dudas sobre la creación del universo” (Toscana, 2017, p. 191). Es el sacerdote quien recurre al texto escrito para condensar y comunicar sus ideas. Olegaroy, por el contrario, solamente enuncia de manera oral, dialéctica, su discurso. La oralidad de Olegaroy es la chispa que detona los textos escritos del cura Fabián, resuenan en tratados y contestaciones, como la ocurrida en El Vaticano (Toscana, 2017, pp. 105-106) y, al ser escritas, se convierten en filosofía. Para *Olegaroy*, la oralidad es el origen de la filosofía.

En el *Fedro*, Platón recurre al mito sobre la invención de la escritura por parte del dios egipcio Theuth, y sobre el regalo que ésta significa para los hombres, en tanto que el dios otorga este presente al faraón Thamus (Colli, 2009, p. 115). Mientras el dios Theuth enaltece los valores de su invención, el faraón Thamus replica que la escritura es un instrumento de rememoración, pero puramente extrínseco, de tal manera que para la memoria, entendida como capacidad interior, la escritura resultará dañosa. “Por lo que se refiere a la sabiduría, la que proporcione la escritura será aparente, no verdadera” (Colli, 2009, pp. 115-116).

En efecto, Platón refiere que el dios Theuth donó al rey de todo Egipto Thamus las artes que éste mismo descubrió, como el número y el cálculo, la geometría y la astronomía, el juego de damas y el de dados, y, sobre todo, las letras. Muchas fueron las observaciones que el rey hizo al dios; cuando llegaron a las letras, Thamus le dijo:

Es olvido lo que producirán en las almas de quienes las aprendan (las letras), al descuidar la memoria, ya que, fiándose de lo escrito, llegarán al recuerdo desde fuera, a través de caracteres ajenos, no desde dentro, desde ellos mismos y por sí mismos. No es, pues, un fármaco de la memoria lo que has hallado, sino un simple recordatorio. Apariencia de sabiduría es lo que proporcionas a tus alumnos, que no verdad. Porque habiendo oído muchas cosas sin aprenderlas, parecerá que tienen muchos conocimientos, siendo, al contrario, en la mayoría de los casos, totalmente ignorantes, y difíciles, además, de tratar porque han acabado por convertirse en sabios aparentes en lugar de sabios de verdad. (Platón, 2008b, pp. 403-404)

Platón acusa de ingenuidad a quien piense transmitir por escrito un conocimiento y un arte. “Se puede creer que los escritos estén animados por el pensamiento, pero, si alguien les dirige la palabra para aclarar su significado, seguirán expresando una sola cosa, siempre la misma”, (Colli, 2009, p. 116).

En similitud de términos, Olegaroy califica con desdén a la escritura y acusa de ingenuidad a quienes se dedican a esto, como lo hace con el editor del diario *El Porvenir*. Distingue Olegaroy entre un evento y su relato, esto es, después de leer una noticia acerca del accidente en avión que sufrió un equipo italiano de soccer, el héroe toscano sospecha de su veracidad. Dice Olegaroy al editor:

Lo que quiero dejar claro es que si usted se hubiese inventado que existe una ciudad llamada Turín que tenía un equipo llamado Torino que tenía un jugador llamado Mazzola que murió con todos sus compañeros cuando su avión chocó contra la basílica de Superga, a mí me habría dado lo mismo. Yo no conocí el evento sino el relato del evento (Toscana, 2017, p. 181).

Las palabras de Olegaroy resonaron en El Vaticano cuando el teólogo Vico Tonga enseñó que “lo importante no era que Cristo fuese Dios encarnado, sino Dios apalabrado” (Toscana, 2017, p. 181). El teólogo fue excomulgado y fundó un grupo de seguidores que se llamaban a sí mismos los parolistas, pues creían en la palabra de Dios, como palabra y no como hechos. “Basándose en alguna premisa de la lógica mediante la cual sólo los enunciados poseían calidad de verdad o falacia, confirmaron que nadie podía demostrar la existencia de Dios, sino acaso probar que la proposición ‘Dios existe’ es verdadera” (Toscana, 2017, p. 182). El absurdo o la ingenuidad que señala Olegaroy para quien cree en el texto escrito, se extiende cuando el editor publica una nota sensacionalista sin que nadie dude de ella.

Bajo el encabezado “Niño pez” se mencionaba que en el pueblo costero de Silago, en Filipinas, la señora Lualhati Marcos había dado a luz a una criatura con escamas. Asustada, la tiró en el mar. Seis meses después unos pescadores sacaron entre sus redes un niñoide que pataleó y lloriqueó antes de morir. La noticia tuvo éxito. Los hombres la comentaron en bares y las mujeres en sus juegos de canasta. Nadie dudó de su veracidad (Toscana, 2017, p. 183).

Con absurdo, *Olegaroy* denota la ingenuidad de quienes depositan en el texto escrito la preciada confianza del conocimiento. En consonancia con Platón y su acusación de ingenuos para aquellos que participan de la comunicación de conocimiento y arte mediante la escritura, Olegaroy denuncia la falacia del texto puesto a nivel de la veracidad de los acontecimientos. Ante una noticia falsa publicada por *El Porvenir*, “nadie dudó de su veracidad” (Toscana, 2017, p. 183), esto es, el texto escrito tiene la capacidad para comunicar falsedad, ignorancia. Para *Olegaroy*, la sabiduría no se halla en palabras fijas en papel.

En otro punto, en la *Séptima carta*, Platón niega a la escritura la posibilidad de expresar un pensamiento serio (Colli, 2009, p. 116). “Ningún hombre sensato osará confiar sus pensamientos filosóficos a los discursos y, menos aún, a discursos inmóviles, como es el caso de los escritos con letras” (Colli, 2009, p. 116). El mismo discípulo de Sócrates refiere a Homero al decir “cualquier persona seria se guarda de escribir sobre cosas serias para exponerla a la malevolencia y a la incomprensión de los hombres” (Colli, 2009, p. 116).

No solamente el texto escrito es desdeñado por *Olegaroy*, sino la palabra misma. En vistas a conservar la sabiduría, el héroe toscano reprocha que su comunicación necesariamente se haga con la misma materialidad con que se comunican las cosas profanas.

El punto débil de la filosofía, concluyó *Olegaroy*, era que pretendía adquirir el más elevado conocimiento con el mismo lenguaje que usaba una verdulera para platicar con un taxista, y aun los neologismos alemanes eran meras palabras compuestas de vocablos sencillos. Al cuestionar, por ejemplo, si la realidad se podía percibir, los sabios tenían que dedicar toneladas de manuscritos para esclarecer qué era la realidad y qué se entendía por percepción, convirtiendo la filosofía en lingüística inane. Por eso se necesitaban voluminosos tratados y cientos de congresos internacionales para apenas desentrañarle el sentido a una frase o para acabar de oscurecerlo. La filosofía pasaba de la mente a la palabra con tanto tropiezo como la poesía a la traducción (Toscana, 2017, pp. 308-309).

A partir de entonces, el lenguaje de *Olegaroy*, entonces, se volvió críptico. Enseñó que “la única forma de aspirar a la vida eterna era diseñándole al pensamiento su propia máquina de movimiento perpetuo. Esa máquina nunca funcionaría con la lengua que heredó de sus mayores” (Toscana, 2017, pp. 309-310). Al final de los días de su vida, el lenguaje en *Olegaroy* se tornó enigmático.

La mente de *Olegaroy* sólo comenzó a evolucionar hasta que desarrolló ahí mismo, en su cama de hospital, con muñecas y tobillos atados, un lenguaje completamente nuevo, revolucionario, conciso y preciso para hablar consigo mismo del ser, del tiempo, de la eternidad. Sobre todo, hablarse a sí mismo de *Olegaroy*. “Uk lo”, se dijo. Enseguida se infería que “mo den te vo, so li mor tu”. La mente se multiplicaba al acercarse a la muerte. Comprendía. Solucionaba enigmas. No se daba pausas para bromear. No perdía los últimos valiosos minutos evocando el pasado, sino explorando el futuro. Nada sería tan estúpido como dedicar esos momentos a arrepentirse de las cosas que mal se hicieron. *Olegaroy* echó mano de nuevas palabras y torció la sintaxis para hablar de aquello de lo que no se podía hablar. “Si von e to go, me ulo tro ma ni”. Ergo: “Sa ka re lel mon tos”. Había *Olegaroy* descubierto el poder de la conciencia para dominar, extender y perpetuar el ser. De ahí a la inmortalidad había un paso. (Toscana, 2017, pp. 310)

Toda palabra reduce los alcances de la sabiduría. Para Olegaroy, la palabra entorpece la pretensión de adquirir “el más elevado conocimiento” (Toscana, 2017, p. 308), en tanto que es el mismo lenguaje que se utiliza para la vida cotidiana y efímera. En tono con Platón, *Olegaroy* advierte de “la incompreensión de los hombres” (Colli, 2009, p. 116) a la que es expuesta la sabiduría si se pone por escrito o en palabras. La palabra constriñe los alcances de la sabiduría.

El género literario nuevo que Platón inauguró al llamarlo filosofía, la escritura que daña la memoria y la palabra que limita el conocimiento son bloques que imposibilitan el acceso a la sabiduría para el *Olegaroy* toscano. Género literario, escritura y palabra componen la frontera llamada filosofía para el mortal que desea ingresar a los territorios de la sabiduría.

El *Olegaroy* de David Toscana aspiró a ser un filósofo, pero pronto descubrió los límites de la disciplina. Optó, en cambio, por la sabiduría entrañada en la matriz de la locura, bajo formas de enigma y limitada por la filosofía.

Silencio, sacralidad y éxtasis gestan para Olegaroy la sabiduría; belicosidad, inexpresibilidad e ironía componen la forma sabia; el género literario, la escritura y la palabra marcan a la *sofiα* el cerco dentro del cual no puede habitar.

El *Olegaroy* de David Toscana surge en Monterrey. Habitada a los linderos geográficos, la narrativa mexicana del norte marca, esta vez, una frontera a la filosofía. *Olegaroy* brincó la aduana hacia la sabiduría.

4. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Aristóteles (2008). *Retórica*. Traducción Quintín Racionero. Barcelona: Gredos.
- Colli, Giorgio (2009). *El nacimiento de la filosofía*. Traducción Carlos Manzano. Ciudad de México: Tusquets.
- Guzmán, Nora (2008). *Narrativa mexicana del norte : aproximaciones críticas*. Ciudad de México: Eón.
- Mahieux, V. y Zavala, O. (ed. lit.). (2012) *Tierras de nadie. El norte en la narrativa mexicana contemporánea*. Ciudad de México: Tierra Adentro.
- Platon (2008a). *Diálogos I. Apología, Critón, Eutifrón, Ion, Lisis, Cármides, Hippias menor, Hippias mayor, Laques, Protágoras*. Trad. Julio Calonge, Emilia Lledó, Carlos García Gual. Barcelona: Gredos.
- Platón (2008b). *Diálogos III. Fedón, Banquete, Fedro*. Trad. C. García Gual, M. Martínez Hernández, E. Lledó Íñigo. Barcelona: Gredos.
- Toscana, David (1998). *Santa María del Circo*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Rodríguez Lozano, Miguel (2002). *El norte: una experiencia contemporánea en la narrativa mexicana*. Ciudad de México: Conarte.

Toscana, David (2002). *Duelo por Miguel Pruneda*. Barcelona: Plaza y Janés.

Toscana, David (2005). *El último lector*. Barcelona: Mondadori.

Toscana, David (2009). *Los puentes de Königsberg*. Ciudad de México: Alfaguara

Toscana, David (2017). *Olegaroy*. Ciudad de México: Alfaguara.

Williams, Raymond y Blanca Rodríguez (2002). *La narrativa posmoderna en México*. Xalapa, Veracruz: Universidad Veracruzana.